

## XIX

El primer pensamiento de la maestra después de los sucesos de aquella mañana, era cerciorarse de que la muchacha no sabía nada.

Así fué por fortuna, ó así lo pareció al menos.

Volvió á la escuela melancólica, como siempre, y desmedrada; pero sin dar señal alguna, ni en aquel día ni después de nuevas amarguras; la señora por su parte, continuó dejándose ver con el mismo semblante que antes, ignorando el vituperio de que había sido objeto, siempre un brazo de mar, y atenta á la batalla de las miradas. Existía sin embargo, un grave peligro de parte de la Vinini, que había oído las injurias más gordas de la mujer y que desde aquella mañana parecía fraguar con alegría maligna un miserable propósito. La maestra advirtió la mirada extraña, llena de curiosidad inda-

gadora y profunda con que á la salida se quedaba mirando á la señora Orveggi que conversaba con su padre, y la sonrisa burlesca, con que la saludaba tan maliciosamente, que ella por su parte también se la quedaba mirando fijamente, hasta hacerla bajar los ojos. Un día la Galli entró en la escuela con tal oportunidad, que apenas si pudo cortar un diálogo peligroso que la dejó muy inquieta.

Sorprendió cerca de la puerta á la Vinini que preguntaba á la Orveggi, con una sonrisa aviesa:

—¿Tienes un pariente oficial de artillería?

Y la Orveggi encendida, pero sin comprender, le contestaba que no.

La maestra les mandó que se fueran á su sitio: la Vinini había visto en algún sitio, en paseo, á la señora Orveggi en compañía de un oficial. La pequeña sierpecilla entretanto se había propuesto atormentar á la hija del mczo de cuerda, que estaba en el banco de delante, para hacerle pagar el afecto que seguía demostrando como podía á su amiga, sonriéndose al mirarla, haciéndole señas, enviándole cartitas, poniéndose siempre á su lado á la salida. Y porque la víctima era paciente, ella se irritaba cada

vez más, y cada día extremaba más también la persecución. Al fin una mañana pasó ya el límite: Aprovechándose de la ausencia momentánea de su compañera, y de alguna confusión que se produjo en la clase, le cogió del banco el bastidor con un alfabeto pacientemente bordado, se lo deshizo á escape con un alfiler y lo volvió á colocar en su sitio.

Vuelve la muchacha, vé aquello y rompe á llorar, y sin vacilar acusa á su enemiga.

La maestra interrogó á la Vinini. Ésta se levantó, con su carilla de mármorea virgenita, y contestó tranquilamente:

—Yo no he sido. Esta miente.

Una exclamación de desprecio salió de uno de los primeros bancos. Era la Orveggi que lo había visto. Se levantó con el rostro encendido, y dijo con el acento irresistible de la sinceridad:

—Ella ha sido, yo la he visto.

—Mientes tú también,— respondió la Vinini, sin descomponerse.

La maestra cortó la disputa diciendo:

—Después de la clase iréis las tres conmigo al despacho de la directora.

Y reanudó la lección. Durante buena parte de ella la hija del mozo de cuerda si-

guió llorando, mientras la Orveggi temblaba de ira y la Vinini seguía sin inmutarse, con su hermosa cara blanca, como si nada hubiese ocurrido. Bajo aquella aparente tranquilidad tramaba, sin embargo, una venganza.

Al cabo de una hora le pareció á la maestra, que no la perdía de vista, que estaba escribiendo algo á escondidas. Cuando acabó de escribir siguió haciendo su costura con grande atención. Pero la maestra, experta en estas pequeñas venganzas escolares, tuvo una sospecha y vigiló con miradas rápidas á las ocho ó diez muchachas por cuyas manos debía pasar la carta para llegar á la niña Orveggi. Sin embargo no logró ver nada. Tenía que habérselas con una mascarita más lista que ella y que sabía interponer el tiempo conveniente entre la escritura y la expedición. Y en efecto, después de media hora de observación, no volvió á pensar más en ello.

Daban las once en el reloj del salón de espera cuando de repente un grito ahogado conmovió á toda la clase y se vió á la Orveggi ponerse en pie y volver á caer sentada sobre el banco, sollozando, con las manos en la cara, y luego abandonar un brazo y la

cabeza sobre la mesa, como si le hubiera dado un vahido. Todas las alumnas se pusieron en pie, la maestra acudió á levantar á la muchacha. Al levantarla vió que de sus manos caía una carta. La pobre niña se despertó bruscamente y se inclinó para recogerla; la Galli la había ya recogido y abierto.

La muchacha sollozaba desesperadamente. La maestra leyó en la carta:

*“Cállate tú, que tu madre se va con todos.”*

Llena de indignación, sus ojos se clavaron en la Vinini, que como las demás alumnas se había puesto en pie, fingiendo la misma curiosidad que todas, pero con el semblante ligeramente pálido.

—Es usted quien ha escrito esta infamia,—dijo la maestra señalándola con el dedo.

La Vinini, con ademán altanero, levantando la cabeza, contestó:

—Yo no he sido.

La Galli se encaminó presurosa á su mesa, buscó con furia en el legajo la última composición escrita de la Vinini, confrontó el carácter de letra y se sonrió amargamente.

—¡Que se levanten todas las que han transmitido la carta!

Nadie se levantó. Mas entre aquellas á

quienes no había quitado ojo antes del suceso, vió varias caras turbadas.

Fué preguntando á todas, una por una.

Comprendiendo que la cosa era grave por el semblante de la maestra, y que ésta estaba resuelta, todas confesaron, y la más inmediata á la Vinini declaró que había recibido la carta de ella. Todas juraron, sin embargo, que no habían leído el escrito.

—¡María Vinini!—dijo la maestra con trémula voz,—¿qué responde usted ahora?

Ella repitió friamente la misma respuesta:

—Yo no he sido.

Un prolongado murmullo de estupor corrió por la clase. Realmente esto era traspasar la línea de la sorprendente falta de pudor que todas reconocían en ella. La maestra replicó con un movimiento de profundo desprecio.

Luego salió rápidamente quedándose todas las alumnas silenciosas, con los ojos vueltos hacia la Vinini, que permanecía fría como una piedra. Cuando volvió con la directora, á quien había dado cuenta de todo lo ocurrido, todavía se mantenía el silencio, interrumpido tan sólo por los sollozos de Julia Orveggi.

La directora penetró con el semblante de las grandes ocasiones, con el papel en la

mano, con paso grave, y mirando á uno y otro lado lentamente y con solemnidad.

Se fijó primeramente en las dos muchachas, confrontó las escrituras, hizo repetir la confesión á las que habían ido pasando la carta, y después, volviéndose á la Vinini, que todavía permanecía en pie, dijo con estruendosa voz:

—¡Confiese su culpa!

La muchacha tardó un segundo en recoger la voz con una contracción extraña de los labios que semejava á una sonrisa, y contestó:

—Yo no he sido.

Maestra, directora y alumnas se miraron unas á otras como para preguntarse si la Vinini se habría vuelto loca.

Luego la directora dijo imperiosamente, señalando á todas las alumnas interrogadas:

—¡A la dirección!

La Vinini bajó del banco de un salto y salió la primera, la maestra cogió de la mano y llevó fuera á la Orveggi, que seguía llorando, con la cara tapada, y todas las demás las siguieron. La directora volvió sobre sus pasos y asomándose de pronto á la puerta, dijo:

—¡Que desaparezcan las flores!

Había visto á siete ú ocho alumnas que llevaban flores en el pecho.

Las flores desaparecieron todas en un momento como arrastradas por el vendaval.

Una vez en el despacho de la directora, ésta llamo á las suplentes y á la celadora, hizo que este pequeño pelotón se pusiera en semicírculo, colocó á su derecha á la culpable y á su izquierda á la Orveggi que se apretaba contra la maestra como si fuera una madre, se sentó en el sillón de brazos y comenzó el sermón. Para estas ocasiones tenía un repertorio de frases verdaderamente terribles y les daba color con ademanes y miradas que redoblaban su eficacia. Sin embargo de esto, le pareció á la maestra que por las ojeadas que ella daba, entre una frase y otra, á la carta, se diseñasen, como chispas fugaces de una complacencia secreta, producida por lo que en el suceso había de deshonroso para una señora joven y hermosa.

—¡Señorita!—dijo para terminar.—El hecho que usted ha llevado á cabo es horrible. Pero más horror que el hecho mismo, inspira la desvergüenza con que usted persiste en negar la culpa. Hay un precedente que explica la venganza, la escritura reconocidamente es de usted, las compañeras atesti-

guan contra usted, las pruebas son abrumadoras. Además de una villanía, el negar la verdad es una insensatez, una mentira estúpida é inútil, que agrava sobremanera su situación. Si no quiere sufrir tristísimas consecuencias, que pesarán sobre usted toda la vida, confiese la verdad.

La muchacha no despegó los labios.

La directora se puso en pie con toda su majestad.

—¡Sólo un minuto le doy á usted para responder!— dijo.

La muchacha tranquila, impasible, contestó:

—Yo no he sido.

La directora extendió la diestra, y dió un gran golpe con la mano abierta sobre la mesa, cruzó los brazos sobre el pecho, y se quedó inmóvil como una estatua de la Justicia ultrajada. Las demás alumnas entretanto se apiñaban en torno de la Vinini, suplicándole, diciéndole por lo bajo:

—Confiesa.

—Habla de una vez.

—Sé buena.

—Confiesa, María.

La pobre Orveggi seguía pegada á la maestra, sin mostrar ni ira, ni odio en el sem-

blante bañado de lágrimas, sino solamente una tristeza infinita, una mezcla compasiva de vergüenza y de cansancio, casi semejante á una dolorosa soñolencia, de la cual venía á sacarla de cuando en cuando algún sollozo.

La Vinini no dijo palabra, y continuó con los ojos clavados en la ventana, con una expresión de terquedad invencible, sin que ni un músculo de su cara se moviera.

Era la primera vez que la directora encontraba una resistencia semejante á su propia autoridad. Y, sin embargo, no se produjo el estrépito que con tanto motivo era de esperar. En el fondo de sus ojos, existía, visible sólo para la maestra Galli, un reflejo ligerísimo de sonrisa. De todas maneras, era preciso salir de aquel apuro lo más pronto posible. De repente, como poseída por una idea, miró al reloj y dijo á la celadora:

—Vaya á dar la hora y cuando venga el señor Vinini, que tenga la bondad de entrar en el acto.

La niña Orveggi y la maestra hicieron á la vez un movimiento que la directora comprendió. Era preciso que el señor Orveggi, que debía llegar en aquellos momentos, no advirtiese nada. Así que ordenó á la Galli que llevase á Julia en busca de su padre, que

se despidiera de él á escape, y que le inventase algún pretexto para las lágrimas. La Galli le enjugó los ojos, salió con ella y volvió un minuto después seguida del señor Vinini, con el cual penetró también en la dirección la oleada sonora de las mil voces de las alumnas que salían.

El padre de la Vinini, á quien la maestra había hecho una ligera indicación del hecho en la misma puerta, entró con la elegante desenvoltura del hombre galante de cuarenta años, más bien fastidiado que sentido, en apariencia, por tener que representar el papel que le esperaba. Su cara roja de robusto *bon vivant*, á quien no preocupan los cuidados de la familia, más bien mostraba una cierta cómica sorpresa por esta nueva ocurrencia de su hija, que quizá por su parte, estudiaba con mayor curiosidad que pena, como un original femenino raro, de cuya belleza bien se comprendía que estaba ufano. Al verlo entrar, la hija no se turbó lo más mínimo.

La directora hizo con acicaladas palabras un breve resumen del proceso; luego dijo á la muchacha:

—Quiero pensar, que en presencia de su padre no se atreverá á negar...

—Ánimo, María,—dijo el padre, sin que su voz revelase la más mínima emoción.—¿Para qué negar? Dí la verdad, también yo te lo mando.

La muchacha en el primer momento dió señales mudas de irritación, mirando ya á unos, ya á otros; luego, dando fuertemente con un pie en el suelo, gritó:

—¡No, no y no! ¡No es verdad! ¡No confieso! ¡No he sido yo! ¡Jamás confesaré!

—¡Por última vez—exclamó la directora, poniéndose en pie, cansada é indignada también por la indiferencia del padre, que se retorcía los bigotes con ambas manos,—diga la verdad ó será expulsada de ésta y de todas las escuelas municipales, y nunca el arrepentimiento será bastante á borrar su deshonra!

La muchacha la interrumpió con una especie de rugido y arrancándose rápidamente un alfiler que tenía en el pecho:

—¡Si dice una palabra más—gritó,—me trago este alfiler!

E hizo un movimiento para metérselo en la boca; pero el padre, la cogió por el puño y el alfiler cayó al suelo.

Entonces le acometió un acceso de rabia, pateó, rechinó los dientes, dió puñetazos al aire, se arrojó al suelo, se revolvió, dando

patadas y rugiendo con tal furia que á todos los que estaban presentes les costó trabajo sujetarle los brazos y las piernas, y levantarla hasta clavarla en una silla donde se quedó inmóvil, mortecina y traspasada, con los dientes apretados, dirigiendo miradas feroces.

Por último, después de hacer otros dos ó tres estrépitos, abandonó la cabeza sobre el hombro, agotada.

En sus ojos no había ni siquiera una sola lágrima.

La poquísima compasión que en el corazón de la directora podía entrar por una futura mujer hermosa, festejada y cortejada, entró en aquel punto, ayudada á su vez por un indicio vago de arrepentimiento que apareció en los ojos de la muchacha.

— Intentemos una prueba más todavía— dijo entonces.— La culpable no querría confesar en presencia de todos nosotros. Nos saldremos un momento. Ella escribirá su confesión en un papel... Pero tenga en cuenta que después de esto ya no hay remisión. ¿Consiente en ello?

Al cabo de un momento, la muchacha indicó que sí.

Todos salieron.

La directora volvió en seguida, y viendo que la muchacha había escrito algo, la envió con su padre.

Luego tomó en sus manos el papel, leyendo con avidéz.

Había escrito esto:

*“ He sido yo, pero tengo razón. ”*

